

JOTA; MELODÍA HOMICIDA

Pepe Cantalejo

Capítulo de promoción

desacertada.com

Jota; melodía homicida

Pepe Cantalejo

ISBN: 978-84-09-26502-2

Email: cantalejo@desacertada.com

<https://desacertada.com>

Fotografía: el fotógrafo: Antonio Velázquez

Velázquez fotografía y Video

<http://www.velazquezfotografos.es>

Diseño de portada: Ricardo Muñoz Villalón

Revisión y corrección: Antonio Luis González Maravert

PUNTO DE PARTIDA

AUNQUE NO SEPAMOS DE QUÉ SE TRATA; TODO TIENE UN COMIENZO, SIEMPRE.

—Capitán, siento mucho su pérdida...



Cuando César supo de la muerte de su hermano se sintió huérfano, huérfano de todo.

Nació cuando su hermano ya contaba con 24 años de edad. A su madre no llegó a conocerla, su vida se apagó a pocos minutos de que él llegase a este mundo.

Ella, a su edad, quería otro hijo, pero su médico de cabecera le aconsejó que se olvidara de esa idea, ya era mayor para un nuevo embarazo.

—Los 45 años de hoy no son los mismos que los 45 de antes. Por más que su madre o su abuela tuviesen hijos con esa edad no significa que usted pueda o deba tenerlos. La vida ha cambiado mucho, el sedentarismo nos ha hecho débiles, y podría poner usted su vida en riesgo.

Pero no hizo caso y siguió con su terquedad. Quería volver a sentir aquel ya olvidado calor maternal.

Ya, en cinta, su ginecólogo le advirtió para que no se esforzase y para que siempre estuviese bajo control médico. Todo parecía ir bien, pero después del parto una hemorragia interna se la llevó, arrebatándole así la vida y su sueño de cuidar de un nuevo hijo.

Su marido siempre estaba trabajando en la ebanistería. Su, hasta entonces, único hijo ya era mayor y, simplemente, no quiso verse sola. Pero los proverbios siempre están aquí, y hay uno para todo acontecimiento:

«Lo que no quieres que pase, pasará».

Ella no quería estar sola, mas de aquella manera acabó. No fue así para su nuevo hijo.

Claudio se hizo cargo del menor durante toda su infancia hasta alcanzar la adolescencia, y pasaría mucho tiempo hasta que aquel supiese de los turbios negocios de su hermano.

El benjamín se desarrolló como cualquier otro niño. Sí, le faltó la figura de una madre, pero jamás nadie lo supo. Claudio le

inculcó el no mostrar debilidad, nadie debía compadecerse del pequeño.

—No tenemos que dar lástima, no somos víctimas de nada. No olvides que somos Tergot. Siempre hemos sido los fuertes ante cualquier situación. Esas oraciones acompañaron al niño hasta que se hizo hombre.

Tergot: un apellido poco común de procedencia extranjera. Quiso averiguar si provenía de la antigua unión soviética, de países germanos o de lengua anglosajona.

Y cada vez que el niño preguntaba su hermano le respondía:

—Tu apellido está presente en cualquier parte del mundo y aquí, en España, que sepamos, consta desde los tiempos de la Inquisición. Varía mucho de los Fernández, Sánchez, Gutiérrez, y cualquier otro apellido que escuches. Aquellos vienen de descendientes de sirvientes de reyes. El tuyo no, tu apellido no le debe nada a nadie, nunca fue siervo ni esclavo —aquello, hizo que el niño sintiera gran orgullo.

Durante la adolescencia, a César, su predilección por la disciplina y la lealtad, le marcaron por la defensa de la patria y servir fielmente a su bandera. Claudio jamás le contrarió en ese asunto, prefería que su hermano no tuviese nada que ver con su organización de malhechores y criminales. Pero aquí se vuelve a aplicar el mismo proverbio, y terminaría por entrar en ella.

La falta de la figura materna apresó desde niño al joven oficial. Le hizo figurarse a la mujer como una deidad, el respeto hacia ella se convirtió en algo fundamental. Para César, que todo andaba en torno a la feminidad, no había mayor canción que la sostenida por una mujer. Su ideal le llevó a la música negra.

—El rock, es hijo del blues, y los demás estilos como el jazz de Nueva Orleans, el soul, el góspel, el doo-wop, el rhythm and blues, y el funk, provienen del mismo sitio: los maltratados esclavos africanos que fueron repartidos por la Europa y las Américas. El flamenco, proviene también de la misma raíz, misma procedencia. La única música que no vino de allá fue el

rap, y también esta viene de los negros —defendía con gran ímpetu cada vez que se hablaba de música.

Contaba con muchas referencias musicales, sobre todo de mujeres, siempre sus favoritas para cada género musical, e iría ampliando su abanico: Patty Smith y su «Horses» representó para el militar el máximo exponente del punk, y le excitaba escuchar la fuerza de la roquera Tina Turner. La singular Tracy Chapman como cantautora lo llevaron por la propuesta del pop y del country. Durante estos últimos años echó de menos las grandes voces de Whitney y de la rebelde Amy, aunque siempre prefirió en el soul las cualidades de Aretha y de Etta.

Durante sus años de militar, César decidió formalizar con una alianza su amor hacia Úrsula. Una mujer que aparentaba cierta pasividad y gran diplomacia, pero que en las distancias cortas era capaz de dominar al más valiente de los hombres, y claro, el joven oficial cayó en aquellas redes. Le emocionaba enormemente tener una mujer que siempre plantara cara ante cualquier reto, disputa, o cualquier tipo de adversidad.

Jamás hizo nada que ella no quisiera y siempre estaba con los pies en el suelo, pero con las miras en la lejanía del futuro.

Cuando César se encontraba ya con ese rango de capitán, le ocurrió algo que trastornó sus planes de futuro y lo llevaron a encontrarse con la empresa de su hermano.

Aquel trágico accidente lo dejó postrado, por varios meses, en la cama. Lo alejó de por vida del servicio a la madre patria que siempre le hizo sentirse como lo que era, un fiel soldado.

Por aquellos días recibió la visita de su hermano. Le expresó el dolor que padecía, y la imposibilidad de realizar cualquier cosa por sí mismo le hacía sentirse como un saco de estiércol. Claudio, preocupado por el poco espíritu del hermano, vio en él el rostro de su padre, ese pobre ebanista que solo supo trabajar. Así se lo comentó a Úrsula.

—¿Y qué crees? ¿Piensas que tu hermano me eligió por mi hermoso cabello, mi acogedora voz, mis lindos ojos marrones o mi culo juguetón? No, tu hermano vio en mí aquello que tantas

veces le contaste sobre vuestra madre. No te preocupes por tu hermano, ni por mí. Saldremos adelante. ¡Puedes apostar por ello!

Claudio, asombrado ante el talante de la fémica le contó a qué se dedicaba y cómo se ganaba la vida. Más sorprendido quedó cuando su cuñada no hizo ni un solo gesto de temor ni de desprecio.

La recuperación del capitán llegaría, gracias en parte a las intervenciones y habilidades de un cirujano amigo de Claudio, y al postoperatorio que aquel recomendó.

La única secuela que le quedó fue una leve pérdida de movilidad en la cadera izquierda. César no volvería a correr como antes lo hizo, tampoco le haría falta.

Después de meses de rehabilitación el capitán reforzó su musculatura a base de horas y horas de duro entrenamiento. Después su hermano lo reclutó para su propia patria. Ahí fue cuando supo cómo Claudio se las gastaba: lealtad, honor, verdades y venganza, además de tráfico y crueles asesinatos.

Pero César no dejaría de asombrar a nadie; inteligencia, sutileza y perspicacia le sobran, y pronto le harían sentarse a la mesa de los que realmente gobiernan el país.



Aquel día, cuando supo de la muerte de su hermano y mentor, el capitán dio un giro, en cuanto a sus obligaciones con la organización, y habló con su segundo al mando: Diego Bornos, un tipo muy peculiar, letrado y experto en procesos judiciales que contaba con apellido de escena de película de piratas.

—Vamos a dejarnos de medias tintas. Reúne a todo aquel que esté en la trama. Y cuando digo a todo, me refiero a todos. Hay que evitar que se repita el tema de la traición. Mi hermano se confió demasiado, no caeré en el mismo error. No permitiré ningún tipo de traición, el plan debe llevarse a cabo. Ya ha comenzado el juego, hemos movido ficha.

—No habrá ningún traidor. Descuide, capitán.

—Claro que no lo habrá, por parte de nadie. Quiero que reúnas a todos los miembros de la organización que conocen esta operación.

—¿Para cuándo?

—La reunión será en Sevilla. Organízalo todo para que sea en un lugar privado. Nada de personas ajenas a la organización. No quiero nada de fiestas. Una reunión solo eso. El día lo pones tú, cuando lo consideres oportuno.

—¿Y qué pasará con aquellos que no puedan o no quieran asistir?

—Serán eliminados, no deberá quedar ninguno. Como se suele decir: o estás conmigo o contra mí. Y la no asistencia ya da lugar a que se esté en contra. No admitiré excusa alguna, salvo que el tipo en cuestión esté muerto, entonces será complicada su asistencia.

—Así será, capitán. ¿Alguna cosa más?

—Habla con ese tal Iván, que te facilite los datos de cada uno de los agentes de policía, sobre todo de David. ¿Dices que se lleva bien con el subinspector?

—Sí, Iván nos contó que mantienen una estrecha relación. Su padre prestó servicio a la bandera en el mismo barracón que el nuevo comisario. Muy unidos durante el servicio militar allá, a las afueras de Sevilla, en el cuartel de ingenieros. Y desde entonces son como hermanos.

—Habrás que tener muy presente esa información, nunca viene mal tener un as en la manga. Tal vez sea necesario reconsiderar mi propuesta de reunión.

—¿Qué propones, César?

—Algo muy sencillo, hemos diseñado un nuevo parásito, una mutación más avanzada de lo normal que permanece bajo un letargo que se activará en 8 días, y será letal. También tenemos una especie de antídoto para frenar a esa bacteria. Tendrán que tomársela cada uno de los miembros de nuestro grupo, sea interno, externo o infiltrado, y habrá que darles el antídoto semanalmente. Quién no lo haga morirá, quien nos traicione morirá, quién no cumpla con nuestras órdenes también morirá. Todos han de tomársela, aquí no habrá fisuras.

—Está bien pensado —no le dejó terminar suponiendo en que el parásito sería igual que el primero—, la falta de cobalamina en el organismo provocará la no producción de glóbulos rojos, y se notarán muy cansados. El parásito devorará los glóbulos rojos y parecerá que el huésped sufre anemia.

—Sí, se debilitará, pero no por esos síntomas, el ataque que sufrirá será de otra índole. El huésped buscará la forma de acabar con el parásito, y no lo conseguirá, no al menos por sí solo. El parásito original ataca a los glóbulos rojos, destruyendo también la vitamina B12. Esta nueva mutación hace cosas mucho más terribles.

—¿Y no podrá nadie encontrar una solución? Lo pregunto porque con tantos que seremos alguno podría ir al hospital y allí le podrían dar una solución.

—Puede que sí, aunque es poco probable. Quizá podrían dar con una solución, pero cuando la encuentren ya será tarde. Si el miembro del grupo no viene en ese intervalo de tiempo a por su medicamento sabremos que nos miente o estará muerto. En cualquier caso, si no viene morirá, de una forma o de otra. Los sicarios serán la segunda opción.

—El problema va a estar en poder reunirlos a todos bajo ese epígrafe. Podríamos preparar una fiesta con motivo de tu

partida a Sevilla, pero no sé de qué forma se administraría el parásito. ¿Tal vez en alguna bebida o alimento?

—¡Bien, Diego! La idea de la fiesta me parece bastante buena, pero debe ser algo discreto y a las afueras de la ciudad. Busca un lugar con las características necesarias, donde haya un control de todo el personal, incluido las personas que vaya a servir la fiesta. Nada de actuaciones, mientras menos personas estén involucradas mejor. Únicamente los nuestros. Lo de la bebida o comida no me convence, habría que servirla por doquier y no es gran idea. Se podría preparar mi entrada a modo de espectáculo.

César quedó pensativo por unos instantes:

—¡Ya sé! Podría ser como dices, a través de una bebida, pero no una cualquiera, un vino espumoso al final de la fiesta, como colofón. Inyectaremos el parásito en la bebida, busca un vino espumoso que sea muy caro, pero sin pasarse. Que los que vayan a servir las copas sepan que es caro y que si falta alguna botella tendrán que pagarla de su bolsillo. Así evitaremos que los sirvientes también se infecten.

—Pero alguno si lo hará, lo sabes, ¿cierto?

—Sí, lo sé. Es un riesgo que tendremos asumir, por eso hay que tener un control exhaustivo de todo aquel que asista. Y hay que reiterar que no deben venir acompañados. Lo que menos nos haría falta es una pandemia incontrolada.

—Entonces, una vez tomada al final de la velada, habría que decirles, la nueva condición a la que quedarán sometidos. Así como también habrá que controlar que nadie se vaya antes del último brindis.

—Correcto. Y ya, de esta manera, sabrán qué camino les queda.

Hago los preparativos. La única incógnita que me queda por despejar será cómo lo haremos para que el parásito no te afecte. Porque el brindis tendrás que hacerlo. Doy por hecho que a mí me afectará, no tengo ningún tipo de problema en aceptar mi

nueva realidad; no tengo familia por la que preocuparme, pero te afectará a ti también.

—No, Diego, no me afectará, ni a ti tampoco. Te necesito fuerte y sin temores, para que sigas ahí, informándome de todo hecho que se produzca en la mesa de reuniones. A esa fiesta en Sevilla también acudirá Millán, será quién ocupe mi posición en la mesa. A petición mía aceptó. Y tampoco tendrá que afectarle.

—¿Estás seguro de que yo no? Has olvidado qué le pasó a tu hermano con Fausto.

—No, no lo he olvidado —el rostro del capitán se llenó de odio y furia—. No se me quita de la cabeza, pero nos conocemos desde hace mucho y sé que no tienes la misma condición que el cirujano.

—¿Y cuándo comenzamos, capitán?

—Pronto. Primero habrá que dejarlo todo bien amarrado, que mi marcha a Sevilla sea lo menos notoria. Millán va a aprender todo lo que necesite, y va a tener que ser muy rápido. Es bastante déspota y despiadado, y por eso es perfecto para ocupar mi lugar mientras me ocupo de este asunto.

—No me gusta la idea. Es ambicioso y codicioso. Cuando se sienta tan poderoso no querrá dejar el cargo. Acabará por traicionarnos, y lo sabes.

—Puede ser como dices. No es algo que descarto. Ya le he implantado un localizador subcutáneo. Y mis sicarios siempre estarán ahí, a mis órdenes. Si vemos que se descontrola, pues contaremos con varias opciones para frenarlo.

—Sigo sin comprenderlo. Capitán, no te fíes de él y, a pesar de eso, dejarás que ocupe tu puesto en lo más alto de la cúspide de la organización.

—Conozco sus capacidades. Sé a lo que me enfrento con él. Y eso mismo es lo que busco. Van a comenzar a rodar cabezas desde lo más alto hasta lo más abajo. Sin saberlo me servirá de cebo: quiero ver cómo actuarán los demás y qué tipo de decisiones tomarán contra mí. Tranquilo, lo tengo todo muy

bien estudiado. Por cierto, Diego, tenemos gente en Sevilla que, a mi manera de ver las cosas, traicionó a mi hermano, Fausto no fue el único. A esos habrá que ajusticiarlos antes de mi llegada, dejo tal asunto en tus manos.

—Comprendo, capitán. Hablaré con el sacerdote, el dará pronta solución...

—¡Bien! Lo dejo todo en tus manos. Marcharé a Sevilla, le haré una visita a un viejo amigo.

—¿Hablas del cirujano? ¡Ojalá se pudra en su celda!

—Descuida; lo haré, pero no con tanta diligencia

...

El aprendizaje y toma de posesión de Millán se postergó más de lo esperado. La esperada celebración de la llegada a Sevilla, del capitán, César Tergot Bandaver, se produciría el 21 de diciembre de aquel agónico 2017.



La primera charla entre el cirujano y el capitán se produjo nada más llegar este a la capital hispalense, cuando Fausto ya llevaba varios meses entre rejas. El capitán también quedó preso de la promesa que así mismo se hizo: la de acabar con el cirujano. Fausto no mostró ningún signo de asombro al verlo, sabía que era cuestión de tiempo el que César le visitase.

—¿Qué tal, viejo? ¿Cómo de bien te tratan por aquí? —Le saludó el capitán, como si no hubiera ningún tipo de inquina.

—Hola, César. Aquí estoy bien, tan bien como se pueda estar afuera, salvo que aquí no hay preocupaciones por nada; tienes cama y tres comidas al día, gimnasio, sala de televisión y recreo,

biblioteca, pistas de juego. Los domingos hay partido de fútbol y me han elegido para ser árbitro, al anterior comenzó a faltarle la respiración, cosas que pasan. Lo que sí echo en falta es una camilla y utensilios que aquí se me escapan, esto está repleto de ratas de laboratorio con las que poder practicar.

—Veo que te has habituado bastante bien a las penumbras. Pero eso va a cambiar pronto, ahora que estoy en Sevilla me voy a encargar de subsanar ciertos errores que se cometieron en el reciente pasado, y uno de ellos eres tú. Así que a partir de ahora vas a tener que andar con sumo cuidado hasta para ir a cagar.

—No necesito tus consejos. Sé cuidarme yo solito. Pero déjame preguntarte algo: ¿Qué hubieses hecho en mi lugar?

César creía conocer todos los secretos de Claudio, así que respondió con varias preguntas:

—¿Lo descubriste? ¿Cómo?

—El bocazas de Matías. Sí, también estaba jugando sucio, y con más de dos barajas. Me lo contó todo, así que hice lo mismo que hubiese hecho cualquier persona en mi lugar, lo mismo que ahora estás haciendo.

—¡Sabes! He de agradecerte que acabases con esa alimaña. Y también que te libraras de Miguel Ángel, nunca me gustó. No sé por qué Claudio siempre le tuvo en tan alta estima, la misma que a ti. Pero eso no va a hacerme desistir en aplicar el ojo por ojo.

—¡Suerte con eso! Ya nos veremos fuera, o tal vez acá, dentro, pronto o tarde, algunos de estos días, eso no importará.

—Si sales con vida de aquí; te estaré esperando. No te preocupes.

A partir de ese día no le faltaron problemas y quehaceres al cirujano, pero solventó todas las situaciones, a veces con ayuda inesperada.